El resurgir de las tinieblas

Nuria de Espinosa

Image not found.

Capítulo 1

El resurgir de las tinieblas, Rubí

"Queda preguntarse, por qué toda moral, se basa en una tradición de argumentos moralistas que pueden trastornar el mundo de un niña"

La noche afloraba con cierta inquietud. La penumbra, persistente y sigilosa se había apoderado de cada rincón de mi hogar. No podía dormir y mientras observaba las estrellas desde la ventana, intentaba que mi pensamiento no me dominase. La habitación quedaba envuelta por una tenebrosa oscuridad que me transportaba más allá de las nubes, llegando incluso a poder acariciar la luna. Ella, que tantas veces me acompañaba en mis noches de soledad. Me gusta escuchar el crujir de los muebles durante el silencio nocturno que parece anunciar que el tiempo pasa y tus huesos se resienten. Son horas en las que convivo envuelta en una extraña calma de serena inquietud, donde solo el murmullo de voces provenientes de las calles logra interrumpir. La opacidad gira sobre mi rostro que frunce el ceño. Las ojeras que durante días me acompañan revelan una mirada acongojada que grita con insistencia: Tu papá te quería y tu mamá…

Preguntas que irrumpían en mi mente una y otra vez desde que una tarde grisácea de la semana anterior, por una malévola y caprichosa coincidencia del destino me encontré en la calle García Lorca, después de algunos años sin vernos, con la que fue mi mejor amiga durante mi infancia; Rosario.

Abrí la ventana y dejé que el aire nocturno me acariciase la tez. El frío era invernal pero reconfortante, aunque la caldera no opinaba igual y comenzaba a gruñir. En una esquina de la calle, una pareja de jóvenes daban rienda suelta a su amor, besándose apasionadamente. Sonreí y cerré la ventana. Durante unos minutos más estuve abrazando el silencio, prestando atención al manto de estrellas que cubría el cielo. Pensé, que si extendiese mis manos, lograría rozarlas con las puntas de los dedos; aunque fue mi efímera imaginación que duró lo mismo que un soplo de aire.

Tuve claro que solo tenía una vida y como tal debería vivirla. ¿Pero como escapar a las palabras que durante años permanecieron confinadas en mi memoria, ocultas en lo más recóndito de mi mente, en la paz de un

encarcelado olvido?

Aquella tarde al ver a Rosario nos abrazamos con alegría. Llevábamos dos o tres años sin vernos debido a que ella se había marchado a vivir a la ciudad condal, Barcelona. Allí, trabajaba en un restaurante que había adquirido con su pareja y el cual parecía que les funcionaba bastante bien. Decidimos entrar en una pastelería-cafetería: "La Lionesa", que es una pastelería emblemática en la ciudad, cercana a los nuevos juzgados de Rubí, ubicados en un edificio en el que años atrás, había sido "La Cooperativa", antes de que Rosario cogiera el próximo tren en la nueva estación de Ferrocarriles Catalanes de la ciudad ya que la antigua estación solo se utiliza para hacer exposiciones compartiendo espacio con la "Botiga" del Ayuntamiento. El tiempo parecía haberse detenido para nosotras. La miraba y veía a la misma chiquilla que durante mi niñez fue todo mi apoyo. La única amiga que percibía mi situación sin que tuviera que decirle una sola palabra y con la que lograba que los días pasaran sin sentirme un estorbo.

— ¿Recuerdas las horas que pasábamos jugando a los cromos de picar?—preguntó Rosario con entusiasmo.

Muchos de aquellos momentos tan entrañables fueron en las escaleras del portal donde vivíamos. A veces, los vecinos que subían a los pisos superiores se crispaban con nosotras porque obstaculizábamos el paso. Recuerdo una mañana de un sábado alrededor de las doce, sentadas en la escalera y mientras Rosario me ganaba la segunda partida, dejándome con tan solo cuatro cromos de imágenes de angelitos que eran mis preferidos. La señora Manuela que salía a comprar el pan, nos gritó molesta que nos fuéramos a estorbar a otro sitio. Sentí tanta vergüenza que no quise seguir jugando y mi amiga se enfadó mucho y se negó a volver a jugar a los cromos durante casi una semana.

—Pues claro que me acuerdo Rosario, —respondí, procurando que no fuese visible la tensión que me abrumaba al hablar de la infancia, ya que me incitaba a reflexionar sobre aquello que guardaba dentro de mí, y que mis pensamientos lograban que fuera mi propia prisión.

Quería evadirme de la conversación y no hallaba el modo sin que Rosario se percatara de mi malestar. Como un regalo del cielo el camarero se acercó para preguntar que deseábamos beber. Tras tomar nota se alejó de la mesa, y reanudamos la conversación ya en otro punto que, inculta de mí, creí más conveniente. Carraspeé y le di un leve coscorrón en la nuca mientras le decía:

— ¿Recuerdas los zancos que nos hacíamos con las latas de pintura vacías que encontramos en el vertedero de basura? Uno de aquellos días tropecé con una piedra y caí de bruces contra la tierra haciéndome rozaduras en ambas rodillas. Menuda la bronca que me dieron después. ¡Qué tiempos!

Mi madre se enfado con la tuya, porque decía que eras una mala influencia para mí, imagino que te daría una buena reprimenda.

—Pues la verdad es que no lo recuerdo.

Durante una breve pausa dejamos a un lado la conversación, al observar que el camarero se acercaba con los cafés. Entre que dejaba las tazas sobre la mesa, y se alejaba de nuevo la expresión de Rosario cambió.

—Gloría, mi madre siempre decía que sentía pena por ti. Sobre todo acuérdate de los gritos que tu madre te daba, los pellizcos que te propinaba y las palabras que te decía y que tanto te molestaban...

Mi rostro se puso pálido. ¡Tantos años custodiándolo, y ahora en un plis-plas, Rosario, sin pretenderlo, abría la caja de pandora! Las consecuencias ante aquella frase fue un pequeño balbuceo que salió de mis labios. Tardé unos instantes en reponerme. Rosario no me quitaba el ojo de encima, intentando comprender que me sucedía. De pronto se dibujaba un oscuro horizonte ante mí. Comencé a sudar, me notaba oprimida, como si el aire me faltase y fuera a desmayarme. Estuve a punto de mandarla al infierno, pero el cariño que le tenía me lo impidió. Procuré enderezar la compostura, tragué saliva y en un tono en el cual intenté que no fuera evidente la consternación interior que albergaba, le dije:

—A veces es mejor no despertar ciertos capítulos de la vida que el inoportuno destino pretende destapar.

En aquel instante, me remordió la conciencia tras pronunciar aquellas palabras.

—Pero… ¿qué sucede Gloria? ¿Por qué tienes esta actitud conmigo? Somos amigas y sabes que nunca te haría daño.

Rosario no daba crédito a mis palabras, su semblante se tornó purpúreo, parecía a punto de explotar, pero una sonrisa por mi parte hizo que su rostro se suavizara. Indecisa, ignorando sus palabras, tomé un sorbo de café y proseguí:

—Me he alegrado mucho de verte pero creo que es mejor que nos despidamos. Se me está haciendo muy tarde y tengo algunas cosas que hacer antes de volver a casa. Dame el número de teléfono de tu casa que en unos días te llamo, no quisiera perder el contacto de nuevo, —mentí, como una bellaca—cuídate Rosario.

—Lo haré—respondió, sumida en una sorpresa que le impedía decir palabra alguna.

El silencio que se instaló entre las dos podía cortarse.

Terminé el café y pagué la cuenta de las dos ya que en esos momentos me sentía igual que un ser despreciable. Al despedirnos los ojos de Rosario proyectaban fuego, supongo que decepcionada y algo molesta por mi actitud. Experimenté una incómoda sensación de culpabilidad pero no de arrepentimiento al haber cortado la perturbadora conversación tan drásticamente. La observé pensativa durante unos minutos mientras se alejaba. ¡Cuánto tiempo sin verla! Y todavía, seguía teniendo el mismo atractivo y belleza que en nuestra juventud, que tanto atraía a los chicos. Traté de dejar a un lado mis pensamientos y controlar la sensación que por instantes me paralizaba en aquel momento tan incómodo. Pensé que mi vida era más complicada de lo que creía. Parecía como si de pronto recibiera una llamada del destino y comenzara en un nuevo punto de partida. Contemplar a mi vieja amiga que parecía evaporarse para siempre me inundó de tristeza y melancolía. El color de la soledad ilustraba la tétrica imagen. Los adultos no imaginan cuánto pueden llegar a marcar algunas palabras, o su forma de actuar cuando tan solo eres una niña. Y ahora son demasiadas las preguntas que se agolpan en mi cerebro. El recuerdo que durante años encerré, olvidándolo todo en un pequeño rincón de mi mente del cual ni el cerrojo quería recordar, combatía por florecer. Sin quererlo, Rosario encontró la llave de aquella pequeña guarida que escondía una entristecida infancia. Y a pesar de mi propio miedo a saber qué podía averiguar, una imperiosa terquedad llevaba varias noches provocándome un molesto insomnio. Pensé que lo mejor era descansar y me recosté sobre la cama, convencida de que debía indagar en mi pasado. Solo lograría que mi alma hallase la paz si conseguía entender porqué tuve una infancia tan deslucida, porqué mi propia madre.... Algo seguía oculto a la inocencia de una tímida niña que no pidió nacer. Ya nada podría persuadirme para no descubrirlo… Nada…

***